

tista, pero que le apartaba de Marta, de su mujer, de su adorada.

Un día abrió su corazón á Antoc, le contó su pena y su resolución de renunciar á una tarea que no se atrevía á llenar. En realidad él no podía dejar así á su mujer, no concebía la vida en la soledad, privado de su compañía, de la dulzura de su voz, de su ternura. Antoc escuchó la confidencia sin que su rostro traicionara la preocupación interior que le roía, la viva contrariedad que le causaba aquel amor del marido sin cesar interpuesto entre Marta y él.

Á veces, sin embargo, se irritaba contra la ceguedad confiada de aquel hombre, á quien engañaba y burlaba sin escrúpulo, se enardecía en cólera contra la simpleza y la imbecilidad de Dayel. Marta no se hallaba libre para amarle como él sabía que le amaría cuando la presencia de Juan no avivase en ella el remordimiento. Estaba ya cansado de las caricias apresuradas, de los disimulos y temores que les imponía aquel marido rubio, débil y perpetuamente enamorado.

XX

Ha pasado un mes.

Bajo la negrura del cielo, trotan los caballos, barriendo el polvo con sus empenachadas colas; y las mulas enjaezadas de rojo cuero, seguidas por dos flacos camellos de cuello largo y pelado. Jinetes árabes de blanco alboroz, envuelta la cabeza en muselina, escoltan la caravana. Y, entre ellos, el naranjado vestido del caíd que los manda, marca una pincelada chillona sobre el largo tapiz de sombría verdura, de hierba, de altas y frondosas plantas que apagan las pisadas de los cuadrúpedos en un silencio triste, en que tintinean, al chocar contra las monturas, las armas, los largos fusiles, cuya taracea brilla con cobrizos reflejos.

El cielo, encapotado de nubes, que oscurecen la atmósfera en que flota pesada bruma, aparece rojo en el horizonte, como una inmensa hoguera que fulgurara á lo lejos en purpúreas llamas, sober

las incendiadas casas, viviendas minúsculas, dominadas por cuadrados alminares, en cuya cima, inmóviles grullas, dormidas en un pie, recortan sus hieráticas siluetas.

Marabutos de cúpulas deslumbrantes con su blanca cal viva, surgen en el campo, en las inmediaciones de la ciudad. Los bordes del cielo de llamas se amoratan mezcladas á la negrura de los fresados nimbos, próximos á deshacerse en lluvia ó en granizo, inundando el paisaje inmenso.

— ¿Llegaremos antes del diluvio? — dijo Marta.

Su voz brota dulce y lenta de entre los velos en que, como las mujeres del país, esconde sus rasgos finos de menuda parisiense, trasformada en beduina por un capricho de su compañero Roberto Antoc; también él se envuelve en vistosas telas, una amplia túnica de seda violeta, cubierta por dos albornoces, rosado el uno, resplandeciente de blanca el otro; en torno á su cabeza se arrolla un turbante naranjado, parecido al del caíd, que manda la escolta.

— Puede ser, querida mía. Pareces triste esta tarde, y sin embargo, ¿qué espectáculo para nuestros ojos habituados á las calles niveladas, á los estrechos caminos encajonados entre simétricos setos! Mira, adorada, mira estas inmensas llanuras, esta alba alfombra de infinitas flores bajo la negrura del cielo; mira el morado y purpúreo res-

plandor que inflama el cielo allá arriba, allá lejos, sobre las casitas blancas.

— No Roberto; no es que me entristezca nada que tú puedas imaginar: es que me hallo algo fatigada de lo largo del camino, de tanta negrura sobre nosotros, de tanto silencio. Habla y me alegrarás: tu voz suena vibrante, y me conforta en este desierto; porque me siento arder y tiritar á la vez, en esta soledad, donde sin tí, me encontraría perdida.

Marta montaba una mula gris, sobre una jamuga de cuero rojo con arzones de madera forrados de tela roja y verde con madroños de seda multicolores. La delicada joven, en aquel cortejo de hombres de bronceos brazos, surgiendo de las blancas vestiduras, de feroces caras de bárbaros, de ojos brillantes de bestia montaraz, de viejos de luengas barbas canas, cuyos rasgos evocaban las facies bíblicas de los patriarcas nómadas; parecía una pequeña hada, delicada y grácil, llevada por los invasores después del saqueo de una ciudad.

Sus débiles manos blancas, de rosados dedos y nacaradas uñas separaban los velos entre los cuales asomaba la revuelta cabellera, como una aureola de oro fino. Y Antoc, al lado de ella, parecía, con su rostro atezado y bronceo, su rizada barba ninivita, su frente de toro, de espesas y revueltas cejas, el jefe de una tribu guerrera, llevándose con

el botín de la ciudad conquistada, una patricia cautiva, á través de las soledades, á sus remotos señorios.

— ¡Que hermosa es la libertad, Marta, en este soberbio país, en que todo, hombres y cosas aparecen en desusado brillo, en que las fiestas parecen bailes de hadas y guerreros! La vida heroica de estas gentes que nos conducen, vale cien veces más que la que nosotros llevamos, estrujados en nuestros mezquinos trajes. Todo es hermoso aquí; la gente envuelta en suntuosos ropajes, montando caballos engalanados como los altares de nuestras basílicas, armados de cimitarras cuyas empuñaduras brillan escarchadas de pedrería. Muchas veces he anhelado tener valor para abandonar la vida civilizada, y las casas siempre iguales de nuestras ciudades, para ir á vivir con estos que siento más cerca de mí, y á quienes me ligan, sin duda, atavismos que yo ignoro...

Largo tiempo aun estuvo el poeta dejando resonar sus enfáticas frases, pintando con palabras llenas de fuego y de color, sus ideales de vida exótica. Marta le escuchaba, satisfecha de sentir junto á ella la presencia de aquel macho fuerte, que la guiaba á través de mil peligros posibles, en aquellos países cuya existencia no había ella siquiera sospechado. Desde varios meses que, con Roberto Antoc, viajaba por las comarcas del sol, su vida de

otro tiempo le parecía un sueño lejano, pálido recuerdo de una vida anterior, que ella no hubiera real, humanamente vivido.

Habían abandonado precipitadamente Lisé y la Casa de las Rosas, sin que ella pensase apenas en los que dejaba tras sí, en Juan, que la había conquistado y amado apasionadamente, ni en Marta segunda, la rubia niña tan parecida á ella, que poseía los mismos reflejos de sus ojos, su misma carnación de rosa pálido.

Habían atravesado España, deteniéndose en las ciudades más pintorescas, embriagándose en el placer de las alegres sorpresas, halladas en el curso de su caprichosa ruta. En Sevilla había temblado, en los toros; pero luego, se dejó cautivar por el brillante heroísmo de aquel feroz ejercicio, que despertaba en su alma, antes tan tierna, la crueldad femenina largo tiempo dormida.

Roberto se había complacido en vestirla con los trajes del país y de las provincias que atravesaban. La había convertido en madrileña y sevillana, con falda corta de volantes, ceñido el busto en un bolero de madroños, y la había paseado á través de las pintorescas calles y mesones, por los bailes de cigarreras y soldados.

Marta se había dejado embriagar por los pintorescos paisajes, por la variada decoración de su aventura, por su absorbente sed de placer. Se

había entregado por completo á Roberto Antoc, ardentemente apasionada por su fuerza, sus caricias brutales, su sensualismo loco, en rudo contraste con el amor tranquilo y tierno con que Dayel la había en otro tiempo adorado. Aquella monotonía había adormecido su felina versatilidad, repentinamente despertada al llamamiento del conquistador que debía deslumbrarla con su brillante equipo de joyeles.

Á la rápida travesía por la tierra andaluza, sucedió el encanto de la llegada á Tanger la Blanca, en un día deslumbrante de luz, que bañaba las casas immaculadas que avanzaban hacia el mar, sembrando de lejos bloques de purísima nieve, que brillaba, escarchada de sol, entre verdor de elevados jardines, gigantes palmeras y granados en flor.

El capricho del poeta los había llevado á través del suntuoso y sombrío Marruecos, el misterioso país, donde, pasada la blanca ciudad y su barrio europeo, con terrazas á la italiana, y frescas y elegantes *villas*, nada ni nadie, salvo los inevitables turistas ingleses, cada vez más escasos, recordaba los países nivelados por la civilización ni el monótono progreso.

Antoc había conducido á Marta, su nueva pasión (tan enloquecido por ésta como por otras que la precedieran), de provincia en provincia, y de desierto en desierto, en demanda de la ciudad sagrada

donde residía, misterioso y temido, el sultán. Altas influencias le habían franqueado los caminos cerrados á los viajeros comunes, y habían obtenido para él los honores tributados á los altos jefes extranjeros, que van en visita oficial, protegidos por las gummies de los feroces moros.

Había contemplado con Antoc los desnudos paisajes, las arideces de las doradas planicies, en que se desecan, tostados por el sol, los nopales y otros cactus espinosos, las inmensas llanuras que extienden bajo cielos implacables de azul cobalto, sin una nube, sus perspectivas de resecos hierbales. Luego habían sobrevenido días de tormenta, mientras recorrían infinitos espacios en que flores de Europa, asfodelos blancos y morados, y doradas caléndulas, entretejían con los helechos ondulados tapices, bajo el cielo iracundo.

Al lado de su amante, había dormido bajo las tiendas de cuero, después de las fiestas, las ruidosas fantasías con que acogían su llegada los jeikes, honrándole, como viajero de distinción, con las munas, diezmos en ganado que carneaban y devoraban luego, cerrada la noche, al ascender de la luna entre las estrellas, los caballeros de su pintoresca escolta.

Durante las noches, en que acampaban, guardados por los atezados bárbaros, había ella oído en la oscuridad los rugidos de los chacales hambrientos

y de las hienas. Había visto pasar las largas filas de peregrinos que iban á Fez por la remisión de sus pecados, pasando entre los dedos las cuentas de rosarios tallados en maderas odoríferas. En las ciudades visitaban los bazares, compraban armas y telas, á los mercaderes acurrucados sobre alfombras de pintadas lanas, vago el mirar de sus muertos ojos, lejos de la vida circundante, indiferentes ante los incidentes callejeros.

Se aventuraban juntos por las estrechas vías de los barrios viejos, pasaban ante las ojivas tímidas de los antiguos palacios, entre chiquillos sucios y desnudos, ó cubiertos de cortos y harapientos albornoces, entre esclavos y peones tumbados ó acurrucados.

Pero Marta comenzaba á cansarse de aquella vida, demasiado llena de cosas desconocidas entre las cuales se perdía su espíritu. En su cabecita de pájaro no podía germinar el remordimiento por su abandono y sus posibles consecuencias; y se dejaba guiar automáticamente por aquel amante fuerte que la había conquistado, arrebatándola repentinamente, como una ráfaga arrastra en su torbellino á una descuidada nevatilla.

París, Lisé, la Casa de las Rosas, sus alegrías de otro tiempo, pasaban por su espíritu como un sueño muy antiguo, como cosas que ella recordaba apenas, que entreveía lejanas, brumosas, inciertas.

Su vida eran ahora las voluptuosas locuras del poeta, la lasitud que seguía al ardor de las sensaciones, las furiosas caricias que la dejaban estenuada en lánguida somnolencia; eran ciudades y paisajes, una serie de cuadros ya brillantes ya sombríos, en que aparecían hombres de bronce vestidos de lanas y sedas de deslumbrantes matices, en desbocada cabalgata de crines, albornoces y turbantes sueltos, entre nubes de polvo.

Y el traqueteo de los tiros, el gangoseo de las gaitas beduinas, el zumbido de minúsculas guitarras y batintines, el tañido de los tamboriles y el cascabeleo de las sonajas, componían á todo aquello un acompañamiento de música enloquecedora.

Desde veinte años, la figura de Roberto Antoc, no había cesado de crecer en el horizonte literario. Y en esta época había alcanzado el apogeo de su celebridad. No solía pasar año sin que, con gran ruido, se estrenara algún drama suyo, en verso, en la Comedia Francesa ó el Odeón. Era de los que, criada la fama, podían echarse á dormir, pues la opinión aplaudía ya ciegamente sus obras, sin examinarlas, aplicando sucesivamente á cada una el juicio recaído sobre la anterior. Se le aplicaban siempre los mismos epítetos; de esos que cien veces repetidos clasifican una celebridad bajo una etiqueta inmutable.

El poeta debía su fama tanto á lo sobresaliente de su físico, y á sus aventuras ruidosamente careadas por sus aduladores y compañeros de placer, como á la popularidad de sus libros. Aparecía hermoso ante la muchedumbre como los ras-

tacueros ante las busconas, y su renombre de saltimbanqui parnasiano había atraído hacia él á muchas mujeres, que se enorgullecían de mantener conquistado y domado por algún tiempo, á aquel macho fuerte, cuya inconstancia de mariposa era proverbial.

¿De dónde venía? ¿En qué clase social había nacido? Nadie se preocupaba. Un cronista bien informado, había dicho, no obstante, que era hijo de unos colonos argelinos. De todos modos, su instrucción muy completa, le había permitido en los comienzos ganarse la vida por medio de la enseñanza, ocupando sucesivamente los puestos de pasante y de profesor en pequeños colegios, instituciones libres, « moldes de bachilleres »... Pero después de cortos períodos de calma, emprendía locas correrías, y dábbase á broncas y escándalos demasiado públicos para que los pasasen en silencio los periódicos.

Cuidadosamente, se había creado á sí mismo una leyenda: según ella habría nacido, al acaso de la peregrinación, de dos bohemios; y después de todo, aquel belitre, con sus ojos orientales luminosos y expresivos, con sus cabellos crespos y su barba rizada, algo debía tener en sus venas de la sangre caliente é inquieta del gitano corredor de estepas, del juglar amante del aire libre, charlatán y habilidoso.

De tal origen ó tal atavismo, Antoc había conservado el amor á los ropajes brillantes, á los juegos de palabras y á las rimas. Dondequiera que la vida moderna se lo permitía, dejaba ver su afición al oropel y á las lentejuelas, gusto que no atenuaron, ni su vida parisiense, ni los prosaísmos de la pobreza en los comienzos de su carrera.

Había sabido además imponerse á la admiración de la juventud literaria por una mezcla de afable compañerismo y poética charlatanería. Á su alrededor se habían agrupado muchos jóvenes por sus frases de relumbrón y sus fogosidades retóricas.

Uno de sus libros, *Los Crímenes de Dios*, le había llevado ante la Corte de los Asises, á causa de la excesiva libertad de algunos pasajes; y este proceso fué el punto de partida de su celebridad. Supo sacar del incidente todo el partido posible, y á fuerza de prólogo y artículos bombeó su persecución, presentándose como campeón de la libertad literaria oprimida.

Aficionado á los ambientes de sol, que le permitieran exóticas voces y sonajería de fantásticas tiradas, escribió un drama hindu: *Siva*. Esta obra, en la que desempeñó una noche el papel del protagonista al lado de Dinah Samuel, llevó su nombre á las nubes.

Meses enteros estuvo el público asaltando como

loco el teatro para ver á los dos amantes dar sobre las tablas el espectáculo de su pasión y de sus besos, como un aperitivo para otros placeres más secretos, ebrios uno de otro, y ebrios los dos de escándalo.

Á veces el poeta desaparecía de repente, sin que nadie supiese lo que era de él. Hasta que por alguna carta, acudiendo al bolsillo de un buen amigo, se venía á saber que se había marchado con una nueva querida, y que se encontraba en tal ó cual punto completamente palmado. Él sabía excusar, mejor que nadie, estas locuras cien veces renovadas. Eran fugas repentinas en que lo abandonaba todo, rompiendo cualquier otro lazo, sin miramiento á fieles abnegaciones ni á cariños lastimados.

Egoísta y práctico hasta en la pasión, no amaba sino por golpes bruscos de deseo, poniendo fin bruscamente á las aventuras que había concertado, tan pronto como la mujer le había cansado; á no ser que algún interés de publicidad galante (pues muchos de sus amores fueron de escandaloso reclamo) no lo retuviera un poco más.

Corrió extrañas odiseas y aventuras y fortunas las más diversas, siempre flexible para salir de apuros y hábil para mistificar á los confiados y embaucar á los simples, y en sacar provecho de sus truhanerías. Y el público se interesaba por él, no

sólo por el encanto que pudieran tener sus sonoros versos, sino por las leyendas que se habían formado sobre el aventurero, sobre el osado conquistador.

Queríanse ver en sus obras sus propias pasiones, idealizadas por la poesía. Hasta su apellido, fácil de retener, Antoc sonaba como nombre de luchador, y ayudó á su popularidad creciente. De unos largos amores suyos, dos veces rotos y otras tantas renovados, sacó una novela, y luego con otro toque, un drama.

En suma, había sabido magnificar todas sus calaveradas y sucesivas aventuras en obras brillantes y vacías, como los sentimientos de que hacía gala. Las disfrazaba con oropel y lentejuelas literarias, con la joyería de relumbrón de su estilo huero y fofó como las perlas falsas, con su misma superficialidad de oriente.

Por fin, después de cien andanzas de juglar malandrín, después de correr países y países, dejando deudas como si plantara estandartes, sembrando la desesperación y el dolor por dondequiera que pasaba; después de romper mil tratos con menosprecio de la buena fe profesional, sin curarse de los perjuicios causados, le pareció bien poner fin á aquella vida, y buscarse una madriguera cómoda y segura. El diablo harto de carne, se metía á predicador: quiso casarse. La cosa era algo difícil, pero entre sus relaciones honradas, figuraba una buena

familia de la clase media, que, poco al tanto del reverso de la medalla de su vida, le admiraba sinceramente. En esta familia había una hija, una morenita pacífica y dulce, bonita y cariñosa; y se casó con ella.

Los padres no osaron negársela; no hicieron sino algunas objeciones, por fórmula; la chica quería á Antoc, y en realidad, era aquel un partido inesperado, aunque él fuese poeta.

Durante algunos años, pareció definitivamente retirado de los centros de agitación que antes frecuentara.

Aquel gran camorrista, bebedor y mujeriego parecía haberse formalizado, como otros muchos de su layá llegando á cierta edad. Sus obras, de gran salida desde algunos años, empezaban á enriquecerle; y después de tanta calaverada y aventura, su fama continuaba en aumento.

Por lo demás era trabajador por períodos, impetuoso y ardiente en el calor de la inspiración real, lo mismo que en todas las demás fases, sensaciones y actos de su vida: era un comediante, sincero en sus peores comedias, que vivía, sobre el tablado parisiense, en continua exhibición.

De repente, un día, desapareció de nuevo, dejando á su mujer deshecha en llanto por él, y con dos niños, Djineta y Sahib.

Djineta estaba aún en pañales. Y esto ocurrió

después de tres años de vida tranquila y arreglada. Se había escapado con una actriz de quien había sido amante antes de casarse. Era aquella con quien había salido á escena, Dinah Samuel : se fué con ella sin saberse á dónde, dejando su casa y sus tareas. Sólo tres meses después volvió, cansado de su querida, y arrepentido. Su pobre mujer, indulgente, madre apasionada á quien sus hijos bastaban para decidirla al perdón, lo recibió sin el menor reproche, conmovida por el firme propósito que él hacía de no volver á abandonar su casa.

Entonces fué cuando, á guisa de penitencia, aquel hombre á quien nunca había disgustado oírse llamar el príncipe de los bohemios, dió al Odeón su comedia, *El Señor de Mascarilla*, en que el tradicional truhán se convertía, trasformándose al fin en un honrado y virtuoso burgués. Y en la ciudad dióse á desempeñar el papel de padre, como había desempeñado los demás, paseando frecuentemente á sus chicos, Djineta y Sahib, prodigándoles públicamente sus cuidados, satisfecho de hacer así contrastar su vida presente con las antiguas calaveradas.

Marta Dayel era la tercera amante que se llevaba, después del matrimonio, esta vez dejando tras sí un marido apasionado, un amigo engañado y dos familias deshechas. ¿Las consecuencias? No le preocupaban á él, confiaba en su suerte, se-

diento de libre placer en su descuidado egoísmo.

Por lo demás era un interesante fantoche del amor y de la poesía, de la belleza y de la pasión, cuya pintura no se descascarillaba sino muy á la larga ; su talento, un buen dublé, una aleación muy resistente al uso.

Y en su *pose* literaria era tan buen farsante, se identificaba tan ingeniosamente con el papel que se proponía desempeñar, que ni él mismo hubiese acertado á discernir su verdadero espíritu del que él se forjaba para el público, de acuerdo con la parada de su faz asiria.

XXII

Fué en la época en que la familia de Antoc iba á dejar Lisé y los niños se disponían á volver al colegio, cuando se marcharon, aprovechando un día de ausencia de Dayel y la ida á París de madame Antoc á arreglar la casa y disponerla para el regreso de la familia.

Al volver, por la noche, Dayel y encontrar vacía la Casa de las Rosas y sola á su hija, que la criada había acostado, supuso de pronto que Marta se habría retrasado visitando á alguna de las enfermas que protegía en la aldea, ó un otro motivo que ella le contaría muy pronto con aquella voz infantil y clara, tan querida, tan dulce, tan acariciadora. ¿Y su amigo Antoc?

Pero, sobre el piano, vió casi inmediatamente la carta de su mujer. Y la leyó, como loco ya; y una

gran lucidez iluminó su espíritu mostrándole todos los indicios que antes no había sabido ver.

Había recorrido el país, delirante, sin saber á punto fijo donde ir, ahora que estaba solo. Había ido preguntando de puerta en puerta, vociferando insultos á la faz de las gentes, que se le quedaban mirando, después de contestarle con palabras que él no entendía.

Se le había encontrado una mañana á la orilla del río, echado entre los juncos, manchado de barro y de broza, lamentándose sin descanso con quejas apenas articuladas, amenazando á los que se le acercaban y acusándoles de haberle robado á Marta, á su mujer, á su mujer querida, de habérsela llevado lejos, donde él no sabía, donde no podría encontrarla más.

Había estado á punto de estrangular al campesino que lo había descubierto enfangado y dando alaridos como una bestia herida. Por fin intervinieron las autoridades, y de acuerdo con los amigos del infeliz, lo mandaron á un manicomio, asegurándole que allí iba á encontrar á Marta. Su mujer no había muerto; se había ido al campo, á una casa muy grande, con un gran jardín y mucho aire puro. Y con estas palabras, que él escuchaba como un niño enfermo, se dejó llevar á Charenton, gritando:

— ¡Marta! ¿Dónde está Marta?

Durante un año había permanecido cautivo con alternativas de furibunda cólera, y períodos de tranquilidad en que tristemente, con voz lenta y velada, se daba á lamentos sin fin. Algunas veces, había habido que encerrarlo en una estrecha celda; luego, cuando su vana cólera lo había extenuado, se le hablaba, con razonamientos, como á un niño pequeño á quien se quiere persuadir. Á ratos hablaba solo, creyendo conversar con Marta, la amable rubia tan querida. Le contaba su alegría de vivir á su lado, le exponía proyectos para lo futuro, tejiendo para su hija un ideal de feliz casamiento y de dicha, de la cual ambos, Marta y él serían la causa.

Paseábase largas horas por el parque inmenso, sin querer mezclarse á sus compañeros de infortunio. Y escuchaba la canción de los árboles, y el susurro del follaje reverdecido. Le encantaban las querellas de los pájaros en sus nidos, arrullando en un bienestar pasajero su dolor latente. Borrábase en él el recuerdo; y sólo quedaba la inspiración, cuyas armonías engañaban su espíritu con músicas interiores.

Permanecía horas enteras en su cuarto, después de estos paseos, hiriendo con sus dedos un teclado imaginario, escuchando la melodía que soñaba componer, feliz con las fantasías de su locura.

Durante los días, creía expresar á su grácil amiga

tan querida, cuantos pensamientos delicados acudían á sus labios: cantaba para ella como antes en su cuartito de la Isla, ó, durante las plácidas noches de estío, en el campo, en la Casa de las Rosas.

Entonces volvía á sus labios la canción preferida de Marta, *El Pájaro bello*, pero no tal como él se la había enseñado, sino abreviada, aguda y ridícula; como un vagido:

En el bosque y en mi cabeza
Canta el pájaro bello,
Canta que cantarás.

— Mañana es la fiesta, dice;
La fiesta del lugar,
Mañana volverá Marta,
Y nunca más se irá.

Canta, pájaro bello,
Canta que cantarás.

Estos eran sus días buenos. Pero otras veces revivía la hora terrible, y entonces entraba en furiosa cólera; apenas se podía entre varios cogerle y agarrotarle, para llevarle, mal de su grado, á las salas de ducha.

Y se le vestía la camisa de fuerza.

El médico director del establecimiento se había interesado por el enfermo; había sabido las causas

de la desesperación de Juan Dayel, la cruel aventura que le había nublado la inteligencia.

Y aquel doctor había emprendido con pasión su tarea: curar una locura de amor, devolver á la música un artista cuyas melodías había él mismo gustado. Con infinitas precauciones, con cuidados de madre que espía el despertar de su niño nervioso y débil, espía también el viejo, diariamente, el fulgor de inteligencia del cual pudiera resurgir la razón. Poco á poco había conquistado la confianza de aquel pensionista; y había llegado á devolver á aquella alma desesperada, primero una calma ficticia; luego, lentamente, por medio de revelaciones sucesivas en relación con la fuerza moral día á día recobrada, la verdadera vida racional.

El alma de Juan Dayel se había al fin despertado, después de algunos meses de calma serena, de locura pacífica, poblada de fantasías en que cantaban suaves armonías, por él sólo oídas, sugestivas y encantadoras, con una fuerza de seducción irremisiblemente perdida para otro que él, armonías ocultas que sonaban en una región apartada á donde había volado su alma, lejos de la intelectual monotonía, entre quiméricos resplandores y confusos ensueños de Belleza.

XXIII

Esto es lo que Juan Dayel, pasada su locura y recobrada la memoria, recordaba hoy, dolorosamente.

